

GUIPUZCOANOS ILUSTRES

Domejón G. de Andía

La villa de Tolosa, la antigua capital foral, no ha sido cuna y residencia tan sólo de hombres emprendedores en las artes y en la industria, sino también uno de los pueblos más fecundos en hombres eminentes, en la política, en la milicia y en el gobierno de la monarquía española.

¿Quién que conozca la historia de nuestro país no recuerda el nombre esclarecido de Alonso de Idiáquez, secretario del emperador Carlos V y servidor de S. M. desde el año 1520, no tan sólo en el importante y delicado cargo de su secretaría, sino también en las grandes expediciones guerreras, como la conquista de Túnez en 1535? ¿Quién olvida á un hombre tan eminente como Fermín López de Mendizorroz, secretario del Estado de Milán y magistrado del mismo, y al general don Francisco de Irrarazabal y Andía, que tomó parte muy activa y directa en la guerra de expulsión de los moriscos?

Y si nos internamos en la región de las letras, ¿dejaremos de citar al gran ayudante del P. Henas, al hombre que suministró multitud de datos para que aquél escribiera la historia de este país; á don Miguel de Aramburu, diputado general que fué de la provincia y caballero de Santiago, uno de los hombres de más grande saber que por aquel entonces tenía Guipúzcoa?

No; recordar Tolosa, es recordar uno de los pueblos guipuzcoanos donde han surgido hombres de extraordinario valer. Es recordar á don Pedro de Aramburu, caballero de la orden de Santiago y almirante de la Real armada de Cantabria; á don Juan Bautista de Aramburu, obispo de la diócesis de Ceuta; á don José Francisco Basilio de Aramburu, capitán general de las Islas Baleares y de la plaza de Orán; á don Juan Martínez de Recalde, almirante general de la Real armada en la jornada de 1588 contra Inglaterra, y á otra multitud de hombres eminentes, entre los que descuellan en primera fila Andía, el gran Domejón González de Andía, cuyo retrato biográfico vamos á señalarlo.

Jurista de altura, diplomático de extraordinaria habilidad, hombre de letras y pacificador en grado sumo, era el célebre Andía.

Nacido á principios de siglo XIV en Tolosa, apenas contaba la edad de treinta años, cuando ya era respetado como hombre de saber, figurando al frente del régimen foral de la provincia.

Casado con doña Catalina de Tapia, fué vasallo del rey y dueño de la torre de su segundo apellido. Prestó tan grandes servicios, no solamente á los reyes Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos, sino también al rey Eduardo IV de Inglaterra, que en premio de su heroico comportamiento otorgó á Andía el título de *Caballero de la orden de Jarrieria*. Tal fué la ayuda que prestó á aquel monarca en la cruenta guerra que sostuvo con Luis XI.

El texto de tan honroso nombramiento

es el siguiente: "Eduardo, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra y de Francia y señor de Irlanda, á todos los que las presentes cartas vieren salud y perfecta dilección. Como entre las obras de los príncipes, ni es la menor considerar los méritos y virtuosas disposiciones de los gallardos y valerosos hombres, para premiarlos del galardón de su virtud; hacemos saber que poniendo nuestros ojos en la nobleza, valor y prudencia de nuestro muy caro y amado Domejón de Andía, natural de España, de donde nos ha sido muchas veces encomendado, le hemos enviado y dado la librea de nuestro collar, para que él y sus sucesores, que se entiende el hijo mayor legítimo de su descendencia, puedan en adelante y perpetuamente llevarla en la misma forma que los caballeros de nuestra casa la llevan; en testimonio de lo cual hemos puesto aquí nuestro privado sello. Dada en nuestro castillo de Windsor á 20 de Agosto del año de Nuestro



Señor de 1471 y de nuestro reinado XI." Eduardo.

De tal modo le sirvió este nombramiento para ensanchar sus relaciones entre los grandes políticos y diplomáticos de Inglaterra; de tal modo le consideraban á Andía, tanto por su saber como por lo que entonces representaba en la corte real inglesa, concesiones y nombramientos de tal índole, que le aprovechó para prestar un nuevo servicio y muy importante al pueblo de Barcelona y á su país natal, Guipúzcoa.

Concertó un *Convenio de recíprocas indemnizaciones entre Inglaterra y Guipúzcoa*.

En 1481, ó sea diez años más tarde, la provincia de Barcelona le encomendó una misión parecida, para obtener licencia del rey y concertar el tratado de paz y comercio con Inglaterra, tratado que se llevó á cabo y con buen éxito debido al ascendiente que Andía tenía ya en la corte de Inglaterra.

Ninguna persona había entonces en el país que resolviera los asuntos internacionales con el tacto, la diplomacia y el éxito de Domejón González de Andía.

Y gracias á este hombre eminentemente diplomático y pacificador, pudieron terminarse en este país aquellas luchas feroces, aquellos bandos sanguinarios de oñacinos y gamboinos, de los hijos de Amázarro al frente de los terribles herreros ochandianeses, que como dice uno de los biógrafos de Andía, iban machacando cráneos con enormes barras de hierro; del feroz Butron, del sanguinario Abendaño y de otros no menos terribles y sedientos de sangre, que medían sus fuerzas y sus elementos guerreros con los ejércitos de Axpe, Legutiano y Marzana.

¿Quién pacificaba aquellos bandos fratricidas que llevaban el luto, la desolación y la ruina, no tan sólo á individuos y familias, sino á todo un país, todo un pueblo? ¿Quién se aventuraba á aquella empresa titanesca y atlética de borrar de los corazones de los irreducibles luchadores vascos, los odios concentrados, las rencillas al parecer imborrables, y los ardientes deseos de venganza, de pasión y de eterna guerra, siempre de eterna guerra?

Pues á nadie más que á Domejón González de Andía se debe la pacificación de aquel proceso continuado de luchas, crímenes, venganzas y demás actos execrables que ensangrentaron la gloriosa historia del país vasco, como una de tantas desdichas que han conmovido hasta los mismos cimientos de nuestro bienestar y de nuestras costumbres.

Andía, penetrando por un lado en los corazones que parecía que manaban sangre de odios eternos en las masas populares, y por el otro conquistando con su experta habilidad de diplomático las inteligencias de los jefes de las feroces partidas de oñacinos y gamboinos, logró que depusieran las armas y con las armas el espíritu de sus instintos guerreros.

Si ninguno otro acto hubiera realizado Andía en bien de su país, tan sólo el que acabó de relatar, le hacía acreedor á una grande recompensa de parte del país vasco.

No en vano creció su popularidad, á tal punto, que con su ilustre nombre se hicieron populares también los siguientes versos, dedicados á su memoria:

Sagar eder gazatea
Guerrriyan ere ezpatea
Domejón de Andía
Guipuzkoako Erregia.

El gran guipuzcoano Domejón González de Andía, al revés de la mayoría de nuestros ilustres varones, que casi siempre han muerto fuera de su patria, sucumbió en su pueblo de Tolosa el año de 1489, en medio de un sentimiento general, y habiendo conseguido que su pueblo le aclamara muchos años antes de su muerte "Gran Patriarca de Guipuzcoa", título que bien lo mereció por sus méritos, su talento y su sabiduría nada vulgares.

ADRIAN DE LOYARTE.

En un restaurant

El camarero.—¿El señor quiere comer á una peseta cincuenta, ó á dos pesetas?

El cliente.—¿Qué diferencia hay?

El camarero.—Cincuenta céntimos